

Mercedes López Rodríguez: *Blancura y otras ficciones raciales en los Andes colombianos del siglo XIX*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2019. 257 páginas.

A lo largo de esta obra, Mercedes López Rodríguez se interroga sobre los procesos de racialización en la región andina colombiana durante el siglo XIX, explorando la construcción de la blancura, definida como un concepto dinámico que liga aspectos físicos, genealógicos y morales, que además se entrecruzan con las características de raza, clase y género de cada individuo. Este análisis es posible gracias a la revisión de las ficciones raciales, compuestas por las producciones literarias de la época e ilustraciones de la Comisión Corográfica que, al ser utilizadas como fuentes, acercan a la autora a las construcciones retóricas sobre las diferenciaciones de los cuerpos, y su relación con el influjo

de la geografía, el lugar de origen y el clima. Estos aspectos marcaron los debates alrededor de la cuestión racial y el mestizaje adelantados por intelectuales y políticos de la élite colombiana, quienes en el tránsito entre el orden colonial y el republicano, encontraron en la región andina y su población campesina, la oportunidad de consolidar una nación en proceso de blanqueamiento.

Dicho proceso, no estuvo dado netamente por la variación de la población en términos demográficos como resultado de las uniones interraciales, pues la autora señala que el cambio recayó “en las políticas y estrategias de representación sobre la población, y es ahí justamente donde se concentra este libro” (p. 26). El análisis se divide en cuatro capítulos donde se revisa la noción de blancura en el contexto de diversos escenarios narrativos y visuales, en los cuales López aprecia cómo en este concepto, se incluyen y excluyen a los sujetos por razones que más allá del color de la piel y la apariencia física o el linaje, se extienden hasta las interacciones cotidianas, como las prácticas alimenticias, el comportamiento y los códigos de vestimenta.

El primer capítulo “Raza en otras palabras. Los alimentos y la construcción de la diferencia corporal en la literatura del siglo XIX” se articula en torno a las representaciones de los habitantes de la región andina ofrecidas en diversas narraciones, y a las valoraciones raciales que se presentan por parte de los autores. Con base en los alimentos que allí se producen o se consumen, la descripción y análisis sobre estas prácticas, incluso deriva en la racialización de ciertos productos (cómo el plátano, asociado a la pereza, y el trigo, ligado a la civilización). Para ello, parte

de algunas obras de Felipe Pérez, Pedro Fermín de Vargas, Francisco José de caldas, Isaac Holton, José María Samper y Eugenio Díaz Castro, Manuel Ancizar, J. B. Boussignault, Francisco Ortiz y José María Vergara, que le permiten explicar cómo “la blancura” representa una *performance* compleja, en la cual “los alimentos constituyen un escenario privilegiado para pensar los modelos de construcción de la diferencia corporal” (p. 80).

En “La blancura en el centro: cómo se performa lo europeo en los Andes colombianos”, López analiza el acceso a la cultura material europea por parte de la élite colombiana como una extensión del cuerpo blanco, a partir de las obras de literatura costumbrista nacional, Manuela (1858) El rejo de enlazar (1873) de Díaz Castro, y Cuadros de costumbres y descripciones locales de Colombia (1858) de José Caicedo Rojas. Gracias a una revisión bastante detallada tanto de los aspectos narrativos de dichas piezas, como de las interacciones o “roces” entre los personajes atravesados por sus características raciales, la autora indaga sobre la construcción de una blancura performativa, que se evidencia en los encuentros de la élite con los grupos intermedios urbanos y el campesinado andino. Aquí la república funge como un campo de relaciones de poder altamente desiguales, en el cual el acceso a lectura y el libro representan consumos de élite que excluyen a las prácticas populares de los no blancos, quienes suelen ser representados en las narraciones como sujetos antagónicos a los blancos urbanos, caracterizados por carecer del refinamiento europeo.

Durante el tercer capítulo, “La blancura en los límites: los mestizos andinos como blancos en proceso de construir la

región”, la autora se enfoca en los discursos acerca del mestizaje como dispositivo ideológico en la mitad del siglo XIX, donde el proyecto político liberal estructuró su narrativa de nación en torno a esta propuesta, estableciéndola como un discurso hegemónico asociado al progreso moral y material. A lo largo del apartado, y a través de los postulados de Ancízar y Samper, se evidencian los distintos significados que adquirió el mestizaje: como proceso asociado a la mezcla física de los sujetos pertenecientes a diversos grupos socio raciales, o como un cambio en los patrones de consumo, habitación y prácticas (p. 148). Ambas corrientes blanqueaban a la población, convirtiendo el mestizaje en “un estadio intermedio, en el tiempo y el espacio, entre el antiguo pasado colonial y el futuro republicano, pero también entre su pasado indígena y su futuro blanco” (p. 158).

El cuarto capítulo, “El mulato renuente. Género, ficción y utopía en las uniones interraciales de la literatura colombiana del siglo XIX”, ofrece una revisión de algunas obras literarias (entre ellas *Mercedes* (1869), escrita por Soledad Acosta de Samper) en las cuales se presentan uniones interraciales protagonizadas por hombres mulatos quienes buscan o establecen relaciones con mujeres blancas, a las cuales se niegan los padres o hermanos de estas. Las tramas de dichas narrativas son leídas por López como pugnas entre masculinidades, que representan contra narrativas que se oponen a la idea del mestizaje como vía para el progreso nacional, en las cuales entran en tensión las construcciones de las masculinidades blancas, en oposición a las indígenas, negras o zambas (p. 188).

Finalmente en el epílogo, titulado “El indio que desaparece de los Andes: indios, indios mestizos y africanos como tecnologías de representación”, por medio de las ilustraciones de Carmelo Fernández sobre la Comisión Corográfica (1888), se evidencia cómo la blancura es incorporada en las piezas del artista, no solo a través del color de la piel, también de una composición visual que incluye determinado paisaje, vestido y la presencia de servidumbre no blanca, para destacar el protagonismo del sujeto blanco. En el marco de esta jerarquización, la autora explica cómo se va asumiendo la existencia de “diferentes tipos de blancos, unos más blancos que los demás, con vínculos más fuertes con Europa” (p. 223), pero a la par, la desaparición (en este caso, vista a través de la narrativa de Díaz Castro) del indígena de la región andina, que comienza a ser reemplazado por el tipo racial blanco-mestizo, por medio de la exclusión de los nativos en términos de representación e imaginarios sociales (p. 229).

ALEJANDRA BUENAVENTURA GÓMEZ
(UNIVERSIDAD DEL ROSARIO)